



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

R

LEO BERSANI. Homos. Buenos Aires, Manantial, 1998.

Autor:
Topuzian, Marcelo.

Revista
Filología.

1998, N°31 (1-2), pp. 208-211



Reseña



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

LEO BERSANI. *Homos*. Buenos Aires, Manantial, 1998. 208 páginas.

Este libro de Leo Bersani debe entenderse desde el principio como una intervención polémica en el ámbito de los estudios *gay* o *queer*. Por supuesto, el desinformado lector podrá encontrar en él un panorama, por cierto extremadamente entretenido en su exposición, de algunas de las posiciones hegemónicas en este ámbito de la cultura académica contemporánea. Esto sucede especialmente en el capítulo 2, donde Bersani pasa revista a textos ya canónicos de estas disciplinas, como los de Judith Butler, Michael Warner, Monique Wittig, Eve Kosofsky Sedgwick, etc. Además, el capítulo 1 informará al lector menos enterado aun acerca de los tópicos usuales de las discusiones en torno a las identidades "*homo*" en la cultura estadounidense.

Pero sería tergiversador reducir *Homos* al estatuto de "manual", aunque es cierto que Bersani cita o reproduce muchos de los fundamentos de la teoría *queer* contemporánea. A partir del trabajo de Michel Foucault conocemos el argumento básico según el cual la constitución de una identidad (por ejemplo, una identidad *gay* igual a sí misma y reconocible como tal, es decir, que puede ser diferenciada) responde siempre a mecanismos disciplinarios y a operaciones de poder que buscan fijar, clasificar y hacer surgir "esencias" fácilmente controlables en el marco de los aparatos de saber y poder. Para Foucault, el psicoanálisis, con su psicologización de la sexualidad y su fijación alrededor de identidades sexuales estables y naturalizadas, es un claro ejemplo de estos procedimientos. La teoría *queer* ha explorado el territorio que inmediatamente puede construirse a partir de la posición anterior: la constitución histórica de una identidad homosexual ha funcionado como un claro mecanismo de subordinación y control gracias al cual los homosexuales sólo han podido convertirse en sujetos en los términos de la cultura dominante heterosexual. Ergo, toda la artillería teórica debe dirigirse contra la noción misma de identidad (homosexual, entre consecuente paréntesis en este momento de la argumentación), denunciando el carácter ideológico naturalizado de cualquier identidad estable, especialmente aquellas que básicamente surgen de las operaciones disciplinarias que supone la institución de la diferencia sexual.

Bersani homologa estratégicamente estas posiciones teóricas anti-identitarias con la asimilación cultural "tolerante" de los *gays* en la sociedad contemporánea y el notorio descenso de la discriminación basada en la elección sexual: la consecuencia inmediata de ambas, sugiere, es una disolución de la identidad *gay*, la cual sería así reabsorbida dentro de una serie de relaciones sociales, las de los "regímenes de lo normal". Las políticas de tolerancia, la asimilación de la cuestión *gay* y las de otras minorías y, fundamentalmente, las herramientas anti-identitarias provistas por la teoría *queer* tal como Bersani la expone terminan realizando el sueño homofóbico por excelencia: el de la desaparición definitiva de los *gays* como tales.

La estrategia es entonces, para Bersani, en contra de la desexualización antipsicologista del deseo perpetrada por Foucault y sus herederos, resexualizar lo *gay*, volviendo a la especificidad de una identidad "fuera de la ley" (básicamente, la ley que supone la distinción de lo mismo y lo otro). Bersani señala que "al rechazar las identidades esencializadoras derivadas de la preferencia sexual, [las manifestaciones anti-identitarias] montan una resistencia contra la homofobia en la cual el agente de esa resistencia se ha borrado: ya no hay ningún sujeto homosexual para oponerse al sujeto homofóbico. La deseable transgresión social de la condición *gay*—su aptitud para impugnar las estructuras

opresivas— no depende de negar una identidad como tal sino más bien de explorar los vínculos entre una sexualidad específica, una movilidad psíquica y una política potencialmente radical” (69). Se trata de volver a llamar la atención sobre las preferencias sexuales homo, privilegiando las relaciones de mismidad por encima de aquellas que surgen de una vivencia traumática de la diferencia, es decir, las heterosexuales. Esto da lugar a una movilización por parte de Bersani del oxidado aparato psicoanalítico relativo a la etiología familiar de la personalidad homosexual y un intento de revitalizar su poder crítico. El reconoce que la heterosexualidad puede ser considerada un mecanismo de defensa frente a una relación problemática con lo otro (básicamente, con lo femenino, dentro del proceso de constitución de la identidad masculina según Freud), pero rechaza el segundo movimiento que supondría romper radicalmente a partir de esto con toda identidad constituida, lo cual tendría todas las consecuencias presentadas en el párrafo anterior.

Esta resexualización de lo *gay* supone para Bersani redefinir completamente la relacionalidad que está en la base de lo social mismo bajo los regímenes de lo normal a partir de la imposibilidad del *gay* “sexuado” de entrar en cualquier tipo de relación social establecida. Son justamente los impulsos anti-comunitarios, que según Bersani *siempre* han sido característicos de la personalidad homosexual, los únicos que pueden resultar políticamente efectivos, y no el intento de constituir una comunidad *gay* institucionalizada y respetada como tal. Esto podría dar lugar a una redefinición radical de la sociabilidad, la cual resultaría impugnada en su misma base relacional, y no simplemente resignificada como en la interpretación de Judith Butler del travesti como figura paródica, que en última instancia terminaría idealizando la esencia identitaria que pretende imitar.

En pocas palabras, Bersani supone que el carácter radicalmente emancipatorio y socialmente utópico de lo *gay* pasa por la posibilidad efectiva de constitución de una identidad sexuada que excede los marcos de la sociabilidad dada y sus modos característicos de relacionarse. La marginalidad del *gay* “fuera de la ley” sufre así finalmente una vuelta argumentativa que la hace universalmente deseable en favor de un proyecto claramente moderno de emancipación de la subjetividad: “Un modo anticomunitario de conexión que todos pudiéramos compartir, o una nueva forma de estar juntos: ésa, y no la asimilación a las comunidades ya constituidas, debería ser la meta de cualquier aventura que sacara a la luz, y celebrara, el “homo” en todos nosotros” (22).

La literatura hará eco de esta utopía en las lecturas que se desarrollarán en el capítulo 4. Pero antes, en el capítulo 3, Bersani desarrolla una crítica en términos psicoanalíticos del análisis foucaultiano del sadomasoquismo como práctica que daría lugar a una redefinición de las relaciones de poder establecidas exhibiéndolas precisamente como tales. Desde la óptica de Bersani, el S/M sólo es capaz de permitir una inversión circunstancial de los roles de poder que funciona liberando la tensión acumulada que supone la ocupación social de lugares de poder. En efecto, el S/M tiene por definición un carácter secundario frente a relaciones de poder ya establecidas y, en última instancia, termina exhibiendo el atractivo erótico del sometimiento despreciando cualquier consideración respecto del carácter histórica y concretamente opresivo de las estructuras de poder. De este modo, el S/M se convierte en una forma extrema de hedonismo, al cual Bersani, a través de alusiones indirectas pero perceptibles, busca reducir cualquier forma de “anarco-deseo” desexualizado.

La interpretación del análisis freudiano de la sexualidad que Bersani despliega a continuación se presenta entonces como un reto respecto de estas “filosofías del poder”: según Freud, todo ejercicio del poder es doble, en tanto la necesidad humana de dominar

y controlar su medio constitutiva de la personalidad supone a su vez un placer autodisolutorio en su misma realización, el cual termina ofreciendo una resistencia a una voluntad absoluta de dominación. Esto constituiría la base de una identidad *homo* sexual que al mismo tiempo impugnara los modos de la relacionalidad social dada, manifestando los "puntos vacíos" de las estructuras patriarcales de poder. Así es cómo el análisis freudiano de la sexualidad, atado como está a las clasificaciones genéricas más tradicionales, permite sin embargo trascenderlas a partir de la lógica misma desde la cual se construye esa clasificación.

El cuarto capítulo del libro desarrolla lecturas de André Gide, Marcel Proust y Jean Genet que pretenden ilustrar el modo en que la identidad homosexual impugna la relacionalidad social según términos dados. Progresivamente, Bersani tiende a mostrar cómo en la obra de estos autores se desarrollan modelos de conducta e identidad sexual (y social) que, por un lado, exceden cualquier posibilidad de ser encerradas en el ámbito de las meras preferencias privadas, y, por otro, dan lugar a una tal vez posible relacionalidad no basada en un sistema de diferencias esencializadoras sino en la mismidad.

El interrogante es, por supuesto, el lugar de la literatura en toda esta argumentación. La primera pregunta podría ser: ¿en qué sentido están "fuera de la ley" las figuras de la homoeroticidad ejemplarmente expuestas en los análisis de Gide, Proust y Genet? Bersani, efectivamente, está apelando a los poderes de tres nombres de autor consagrados dentro de la ley del "canon literario occidental". La posible respuesta de Bersani debe ser reconstruida a partir de fragmentos, ya que no se lleva a cabo ninguna discusión explícita de los procesos de canonización de estos autores (incluso como "autores gay"); en efecto, la noción de canon *literario* nunca resulta interrogada como tal en este libro. Además, Bersani pretende concebir identidades anti-relacionales a partir de estos ejemplos literarios sin considerar con profundidad el problema mismo de las relaciones entre literatura e identidad, o entre literatura y comunidad. La literatura, tal como parece entenderla Bersani en su práctica interpretativa, sin separarse demasiado finalmente de otros análisis cautivos en la tradición freudiana, sería el espacio relacional por excelencia, que permite, sin ofrecer ningún tipo de resistencia específica, plantear directamente las grandes discusiones relativas a los modos de constituirse de las identidades y las relaciones socializadas de poder.

Esto es lo que surge de las características que adquieren sus modos de leer. Pero Bersani guarda para el final una "toma de posición" acerca de lo que podríamos llamar "la ley de la literatura": esta se rige, según lo que se desprende de la lectura de Genet, por una lógica del desecho, de la fragmentación y del error frente a las presiones de lo social, y de este modo apunta al futuro, a la apertura a una relacionalidad no dada. Esto da lugar a una separación respecto de la clausura supuesta por una *estética* de la literatura, cerrada en su carácter monumental, íntegro y autosuficiente. Si toda *estética* comienza por un planteo relativo a la especificidad, la literatura como desecho o posible equivocación disuelve las condiciones de posibilidad de ese planteo en términos cerrados sobre sí mismos, es decir, según una perspectiva *estética seria*. No hay verdades *propias* de la literatura que sean "comunicables" exitosamente: la literatura no puede ser tomada en serio. Ahora bien, ¿se traduce esta falta de seriedad en una recuperación desprejuiciada de la "ejemplaridad" en la que la literatura siempre amenazó caer al ser leída desde perspectivas cercanas al psicoanálisis?

Los modos de leer literatura de Leo Bersani nos sitúan en la encrucijada que

supone su desestabilización con el impacto de los debates teóricos de los años '70 y '80 y el surgimiento de lo que englobadoramente se ha llamado "estudios culturales": la de la imposibilidad de dejar de leer algo que ni siquiera es ya importante. Se trata de un discurso más entre otros. de sólo otra práctica significativa. e incluso. como sucede por momentos en este texto. de un ejemplo secundario y a veces hasta trivial. ¿Por qué. podríamos decir. a este libro sobre la cuestión de la homosexualidad en la contemporaneidad le sobra un capítulo? Porque, parece sugerir Bersani en la última oración de su libro, la literatura nos obliga a apartar la mirada en cuanto nos fijamos en ella. nos obliga a ir directamente, sin intermedios, hacia otro lado, "a repensar qué queremos decir y qué esperamos de la comunicación y la comunidad" (198), por ejemplo.

Pero solo por ejemplo.

MARCELO TOPUZIAN

Universidad de Buenos Aires - Conicet